

## El Cid y los héroes de antaño en la Guerra Civil de España

Ángel Gómez Moreno  
Universidad Complutense, Madrid

*A Ángel Gómez Guerrero, mi padre, heroico sargento del Ejército Popular de la República, y a la memoria de Pedro Rubio Tardío, alférez provisional, tan bravo y prudente que dos veces alcanzó la Medalla Militar.*

Aunque en principio pretendía atender nada más que al Cid y al uso de su figura durante los años de la Guerra Civil, he ampliado el ámbito de mis pesquisas hasta abarcar a otras figuras heroicas que enriquecieron el imaginario de los dos bandos contendientes. Me ocuparé del Cid, sí, pero también de las glorias militares de los antiguos *hispani* y de los grandes mitos de la Reconquista; algo añadiré, aunque sólo de pasada, sobre algunos de los héroes de la Guerra de la Independencia.

Al Cid, por supuesto, le corresponde la primacía, al ser considerado el primero de todos los guerreros de la nación. La magna labor erudita de don Ramón Menéndez Pidal, patriarca de las letras, había conseguido que, mucho antes del 18 de julio de 1936, el Cid resultase omnipresente en nuestra cultura; de hecho, su gesta y su *Cantar* eran conocidos por cualquiera que hubiese pisado la escuela. Casi bastaba haber estudiado las primeras letras para tener una idea cierta sobre quiénes eran los Infantes de Carrión, qué animal respondía al nombre de Babiéca o a qué se llamaba Tizona.<sup>1</sup> Así las cosas, el Cid tenía que convertirse, inevitablemente, en referente para los dos bandos que lucharon en nuestra Guerra Civil, y no sólo para Franco y su ejército, como enseguida veremos.

Se ha dicho muchas veces que los ideólogos (entiéndase el término en un sentido amplio) del Régimen indujeron una correspondencia automática entre las figuras de Franco y el Cid, algo cierto en buena medida. De hecho, hubo de pesar lo suyo que la capital del Nuevo Régimen, durante la Guerra, fuese Burgos, ciudad cidiana por excelencia. Como digo, la geografía de la Guerra Civil, que dejó a Burgos en zona nacional desde el inicio del litigio, vinculó inevitablemente la figura del Cid a la del general Franco. Es más, el principal eje ofensivo del bando nacional coincidía con la ruta cidiana, con dirección a Levante, con el propósito de partir la España republicana en dos mitades y, en último término, para limpiar el “corredor rojo”, Madrid-Valencia, lo que supondría –y era la verdad– el final de la contienda;<sup>2</sup> no obstante, había otras

---

<sup>1</sup> Para ponderar la importancia cultural del *Cantar* desde que lo editara Tomás Antonio Sánchez hasta el estallido de la Guerra, véase Galván.

<sup>2</sup> El elevadísimo coste en vidas de la Batalla del Jarama y los continuos enfrentamientos en la zona de Arganda sólo se entienden cuando se tiene en cuenta ese deseo de controlar la salida de Madrid por el Sureste. Por cierto, la propaganda nacional no explotó el hecho de que la principal gesta cidiana, la última propiamente dicha fuera de su victoria en los duelos contra los Infantes, fue la toma de Valencia, mientras los últimos momentos de la Guerra Civil se vivieron en los puertos de esa misma ciudad (donde mi padre, por cierto, cayó prisionero) y de Alicante.

razones, tanto o más poderosas, para que el Cid pasase a ser el referente histórico-militar por excelencia, desde el mismo apodo con que lo conocemos (*Cid* o *Cidi*, ‘señor’ o ‘caudillo’), parecido a más no poder al que adornó toda su vida al general Franco<sup>3</sup>. Al lado del Cid, estaban otros héroes del pasado, pero también hubo un gran ausente, cuyo nombre permaneció en perfecto silencio: Fernán González, primer Conde de Castilla. No faltan razones para explicar tan llamativa ausencia; de ellas, las dos principales son, sin duda, que en el Conde nunca se vio al gran militar que en realidad fue (vencedor, por ejemplo, en la batalla de Simancas) y que su agudeza (esa *sapientia* que comparte con el Cid maduro) no sirvió para recuperar el sueño unificador de la antigua Hispania sino al contrario: su conocimiento de la progresión geométrica (*al gallarín doblado*, que decían por aquel entonces) le permitió engañar al rey de León e independizar a Castilla, de acuerdo con la leyenda. Y como, al grito de “¡España, una!”, se trataba de liquidar cualquier amago de disgregación territorial, razón de sobra había para silenciar a Fernán González.

De calar más hondo en el tiempo, la primera referencia patriótica obligada era Viriato, heroico pastor lusitano, como recordaban todas las enciclopedias infantiles de antes y después de la Guerra; sin embargo, en este caso poco se podía hacer, dado que su figura había sido acaparada en el imaginario militar por un Portugal decididamente activo en nuestra Guerra y volcado al cien por ciento del lado del general Franco. Los soldados portugueses venían a la contienda con el apodo de “viriatos”, por aquello de que ellos habían heredado el gentilicio (ellos eran los *lusitanos* o *lusos*), dejando al margen a los castellanos y leoneses, cuyo territorio cae también dentro de los límites correspondientes a la antigua Lusitania. Al Ejército Nacional, le resultaba imposible apelar al recuerdo del heroico pastor, y no sólo por la razón expuesta. En la memoria de cualquier niño español estaba el cuadro de José de Madrazo, *La muerte de Viriato* (que tampoco podía faltar en la *Enciclopedia Álvarez* de 2º Grado), donde se ponía de relieve aquello por lo que más célebre resultaba: no tanto por su valentía como por la dolorosa traición de sus lugartenientes. En la (hoy nos consta que lo fue, y mucho) problemática unión entre derechistas, falangistas, tradicionalistas y militares, entre tantos conflictos como hubo para alcanzar el poder,<sup>4</sup> lo último que se les habría ocurrido a los propagandistas nacionales habría sido trazar cualquier paralelo con la figura de Viriato, particularmente en el caso del Caudillo.

---

<sup>3</sup> Sobre este hecho llama inicialmente la atención Fletcher 3, quien no ve en Rodrigo al patriota y al cristiano de don Ramón Menéndez Pidal, sino al simple mercenario al que ya apuntara Reinhart Dozy hace siglo y medio. Manejos ideológicos del tipo de los que aquí iremos viendo son precisamente los que pretende desenmascarar Fletcher a lo largo de un libro en el que, supuestamente, se nos devuelve el Cid del siglo XI. Precisemos, en otro orden de cosas, que lo más cercano que hubo al sobrenombre de “El Caudillo” fue el de “El Jefe”, con que fue conocido José María Gil-Robles antes de eclipsarse por completo al producirse el Alzamiento.

<sup>4</sup> Esas diferencias internas (y mucho más que eso) continuaron durante la Segunda Guerra Mundial, como se percibe en el magnífico panorama trazado por Moa, en mi opinión en el más ponderado de todos los libros que ha publicado hasta la fecha.

¿Quién más podía convertirse en referente por sus gestas heroicas? De nuestro Medievo, la otra gran figura a la que apelar era, sin duda, la de Guzmán el Bueno, cuya abnegación y sacrificio al permitir que matasen a su propio hijo antes que rendir Tarifa tuvo natural correlato en la gesta del Alcázar de Toledo (tampoco faltaba algún que otro dibujo alusivo a este hecho en los libros de texto infantiles). Recordemos el episodio, aunque de seguro todos lo conocemos: según la que pronto fue leyenda, el a la sazón coronel Moscardó, director de la Escuela Militar de Gimnasia (y no de la Academia de Infantería, como se dice muchas veces de manera equivocada, seguramente por el hecho de que ambas tenían y aún tienen su sede en Toledo),<sup>5</sup> rechazó negociar la rendición del Alcázar con los republicanos, a pesar de que ello suponía la muerte de su hijo Luis. Suele olvidarse que, además de Luis, el coronel Moscardó perdió casi al mismo tiempo a su hijo José, fusilado tras caer prisionero en Barcelona, donde esperaba el avión que había de llevarlo a Berlín, para participar en las Olimpiadas. Como digo, a pesar de la fama de Alonso Pérez de Guzmán (que contaba con un espacio privilegiado en el realismo retrospectivo del siglo XIX),<sup>6</sup> la hazaña del Alcázar de Toledo, casi calcada de aquélla, imposibilitó nuevas asociaciones.

Gesta parecida y apenas recordada era la de Numancia, cuyo recuerdo animó a llamar así a un tercio de voluntarios tradicionalistas sorianos, Tercio de Numancia, constituido en octubre de 1936; antes, a decir verdad, ya había dado nombre a un regimiento de caballería, el mismo que, a las órdenes del general Varela, marchó de Toledo a Madrid y tomó el pueblo (de horrendo nombre para los sublevados) de Azaña, llamado desde ese momento Numancia de La Sagra. La añosa estampa de Numancia se asoció con mayor frecuencia a la gesta del Alcázar e incluso a otras como la del Santuario de Santa María de la Cabeza (Andújar, Jaén);<sup>7</sup> no obstante, los republicanos se sirvieron también de ella en referencia a la ciudad de Madrid, que se mostró inexpugnable durante los tres años de la contienda. Me basta citar el título de un poema publicado poco antes de la revuelta del coronel Casado, fechado concretamente el 19 de febrero de 1939, cuando a la Guerra Civil le faltaban tan sólo unos días para concluir. La composición se titula “Madrid, Numancia 1939” y vio la

---

<sup>5</sup> Denominada luego Escuela Central de Educación Física del Ejército de Tierra, pasó en los años noventa a la propia Academia de Infantería. Las antiguas instalaciones y los correspondientes terrenos pasaron a ser propiedad del Ayuntamiento de Toledo.

<sup>6</sup> Como muestra, ahí está el magnífico cuadro de Salvador Martínez Cubells, *Guzmán el Bueno* (1884), en deterioro progresivo y alarmante en su actual emplazamiento en las escaleras de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza. ¿Sabe el Museo del Prado, que tiene el cuadro en depósito en esa institución académica, que aún se podría restaurar la obra? ¿Se está al tanto de los precios, en ventas y en subastas alcanzados, por este pintor valenciano? Ya pasaron los tiempos en que la pintura academicista de asunto histórico era despreciada: hoy valoramos a Moreno Carbonero o a Pradilla en la misma medida que a otros grandes artistas de toda época. Martínez Cubells es uno de ellos.

<sup>7</sup> La temprana caída del Cuartel de la Montaña privó a sus defensores de parecidas comparaciones y elogios semejantes.

luz en el número 79 de la revista *Juventud libre*. Por supuesto, en ningún caso me olvido del hecho de que, recién estallada la guerra, Alberti adaptó la *Numancia* de Cervantes, que fue estrenada en el madrileño Teatro de la Zarzuela en diciembre de 1937; para la escenografía, contó con la colaboración de ese genial artista (conocido, sobre todo, por su obra escultórica) que fue el comunista Alberto Sánchez, fundador, junto a Benjamín Palencia, de la Escuela de Vallecas. Enseguida volveré a citar a Sánchez, aunque por distinta razón.

Había otros dos nombres del pasado que se asociaban a los más gloriosos actos de armas. Ambos, de hecho, eran importantes referencias en los manuales de Historia de España: me refiero a Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, durante la época de los Reyes Católicos, y a Juan de Austria, entre los años de Carlos I y los de Felipe II. Su figura y su nombre se usaron en contadas ocasiones, aunque, a poco de acabar la guerra (concretamente en 1943), servirían para bautizar a dos de los tercios de la Legión Extranjera, más comúnmente llamada Legión Española (para no confundirla con la de la vecina Francia), fundada por Millán Astray en 1920; en esa misma fecha, recibía nombre el Tercio Duque de Alba.<sup>8</sup> Añadamos que, en el imaginario de las diversas facciones de la República, no había espacio para los Reyes Católicos y sus adalides, como tampoco lo hubo para los Austrias, ni mucho menos para los Borbones; así las cosas, si aquellos dos héroes del pasado fueron silenciados, a la Casa de Alba y a su Duque, que tanto hizo por el bando nacional en su deseo de reinstaurar la monarquía, sólo podía corresponderles el dardo de Rafael Alberti en su poema “El último Duque de Alba”.<sup>9</sup>

Dentro del Régimen, Isabel y Fernando tuvieron mucha mayor proyección gracias a la Falange, que recuperó su efigie, los incluyó en uno de sus himnos (aquel que, en un punto, dice: “De Isabel y Fernando, // vuestro espíritu impera: // moriremos besando // la sagrada bandera”) y, sobre todo, se apropió de una de sus empresas. No se prestó atención a la granada ni al hinojo (el *ynojo* castellano, con la y griega de Ysabel, como se escribían ambas palabras en la época, y el *fenollo* aragonés, con la *f* de Fernando). Como sabemos, la falange hizo suyos el yugo y las flechas, igualmente camuflados en sus iniciales (la y de “Ysabel”, la *f* de Fernando). Durante la Guerra, además, los jefes y oficiales de las unidades falangistas portaron una doble divisa: las estrellas de ocho o seis puntas, y los yugos o las flechas. La unificación de falangistas,

---

<sup>8</sup> En 1950, se creó un cuarto tercio, al que se dio nombre de Alejandro Farnesio, el campeón militar de Carlos V y Felipe II. Huelga decir que, en la Guerra Civil, la legión fue, junto con los regulares y las mehalas jalifeñas, la unidad de choque por excelencia del Ejército Nacional; tras la bandera de la legión y el tabor que correspondiese, iba por lo común alguna unidad (grande como un tercio o menor como una compañía o requeté) de requetés o alguna bandera de la Falange. Sobre la disposición de las distintas unidades para el combate en el último gran encontronazo de la Guerra Civil, escribe notas precisas Martínez Reverte. A los tradicionalistas catalanes, organizados en el Tercio de Requetés de Montserrat, les correspondió un papel principal; en dicha unidad, estaba el gran romanista Martín de Riquer, cuyo heroísmo quedó reflejado en los partes militares.

<sup>9</sup> Se recogió en el *Romancero de la Guerra Civil (Serie I)* (Madrid, 1936), 45-46. Me sirvo del facsímil preparado por Santonja.

tradicionalistas y nacionalsindicalistas y la confluencia en Franco del mando de todos ellos otorgó carácter oficial a estos elementos. Isabel ya había puesto la faz al billete de 500 pesetas de los años de Alfonso XIII y la II República; ahora, fortalecida, su imagen aparecía tanto en valores filatélicos (en la serie completa de 1938-1939 [Imagen 1]) como en papel moneda (en una serie de 1943 en que le corresponde el billete de 5 pesetas, mientras Fernando va en el de 1 peseta). Aún faltaban años para el mítico billete verde de 1.000 pesetas de los Reyes Católicos, que saldría a la calle en 1957.



[Imagen 1]

Franco era el Cid, sí, aunque de hacer caso a los diversos testigos literarios y plásticos, Franco era, simplemente, un nuevo cruzado. A la figura del Cid se llegó de nuevo por acotación lógica e inevitable, en referencia al adalid de la Cruzada peninsular. A este respecto, no perdamos de vista que, poco después, en su llamamiento a luchar por Europa y dado su deseo de reclutar a jóvenes de diversas nacionalidades, las SS-Waffen se apoyaron en la figura del cruzado medieval, como se ve en algunos de los carteles para leva de la División Norland, formada por voluntarios de los países escandinavos [Imagen 2]. Hitler, con todo, les había abierto camino al presentarse como un guerrero medieval o, más en concreto, como un nuevo Lohengrin wagneriano. También por los años en que la Segunda Guerra Mundial se acercaba a su fin,<sup>10</sup> hubo quien continuaba viendo la imagen del falangista ideal en la

<sup>10</sup> Berlín fue defendido hasta el último momento por las Juventudes Hitlerianas y, sobre todo, por las SS, alemanas e internacionales; de hecho, el asalto al búnker de Hitler fue frenado por extranjeros, entre

que del caballero ofrecen el *roman courtois* y los libros de caballerías del Quinientos español. Pienso concretamente en Ángel M. Pascual y en su *Don Tritonel de España* (Pamplona, 1944), opúsculo especialmente breve que concluye con la siguiente declaración: “La vida maravillosa de don Tritonel podrás escribirla con tu propia vida, camarada, si permaneces en la Falange con ímpetu y paciencia, obediencia y alegría, gallardía y silencio”.<sup>11</sup> Más me importa recordar que la presentación de Franco como nuevo cruzado no fue sólo obra del servicio de propaganda del Régimen sino que se debió, antes de nada, al hecho de que su lucha contra la República Española recibió la bendición de Pío XII, con el carácter de cruzada, el 14 de diciembre de 1936.<sup>12</sup>



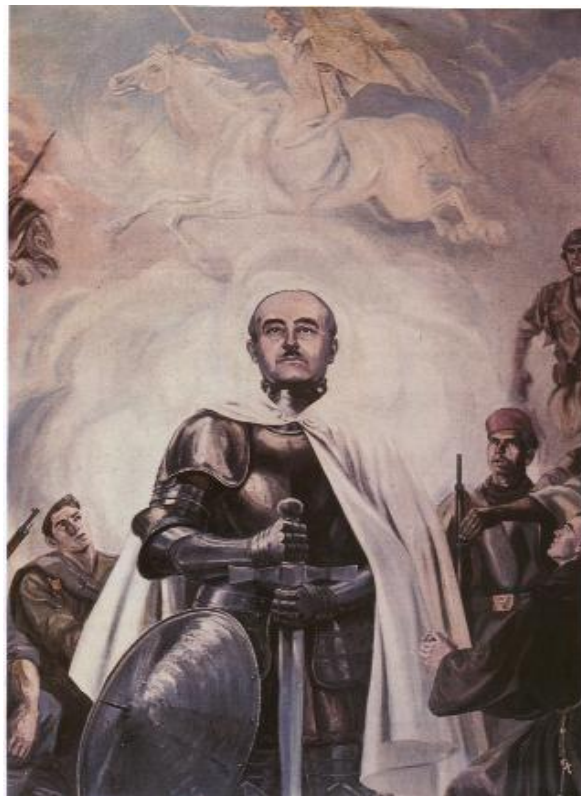
[Imagen 2]

ellos un puñado de extremistas y aventureros españoles que habían desobedecido las órdenes gubernamentales de repatriación de los integrantes de la Legión Azul (formada por los 2.000 hombres que permanecieron en el frente ruso tras disolverse la División Azul) o que salieron ilegalmente de España para formar parte de la *28ª SS-Freiwilligen Grenadier Division Wallonien* de Leon Degrelle, si es que no de la Compañía Izquierda (lo que de ella se sabe es, fundamentalmente, lo que cuenta su jefe, un falangista oscense llamado Miguel Izquierda que alcanzó el grado de teniente coronel de las SS, en su *Berlín, a vida o muerte*, Barcelona, 1975, un relato con ritmo propiamente novelesco). Si los destinados en Francia hubieron de enfrentarse a aquellos compatriotas que formaban parte de la Resistencia o que, ya como soldados, se habían enrolado en la mítica División Leclerc, los que lucharon en el frente oriental hubieron de vérselas con otros españoles, encuadrados a su vez en el Ejército Rojo.

<sup>11</sup> Esta pieza y la de Ramón Cué Romano las recupera mi buen amigo Sanz Villanueva, 472-511 [482].

<sup>12</sup> Para llegar a ese punto, fueron decisivos los ataques continuos a la Iglesia, a sus servidores y a cualquier creyente desde la proclamación de la República y, sobre todo, tras el inicio del conflicto. Las consecuencias fueron inobjetablemente devastadoras por el número de muertos (muchos beatificados desde el papado de Juan Pablo II para acá) y por la destrucción de un riquísimo legado histórico-artístico en ciudades y pueblos. Recientemente, la prensa (*ABC*, 27 de febrero de 2009) recordaba la destrucción del patrimonio de la Iglesia en Barcelona y Cataluña entera; en otras provincias, y en la propia capital, las pérdidas fueron semejantes. Como botón de muestra, conviene recordar que el más importante retablo madrileño salió incólume por lo que algunos consideran un puro milagro: “La Capilla del Obispo se salvó de los incendios revolucionarios de 1936 por estar tapiada su comunicación con San Andrés y no saber de su existencia los asaltantes. San Andrés y su Capilla de San Isidro ardieron por completo” (Guerra de la Vega 178).

Como guerrero medieval, como cruzado, como nuevo Cid con su espada entre las manos, lo presenta todavía un mural del boliviano Arturo Reque Meruvia (más conocido por el apodo de Kémer), que puede verse en el Archivo Histórico Militar de Madrid. En él, la figura de Franco ocupa el centro, justo debajo de Santiago y a la derecha de la Virgen; en conjunto, se persigue un propósito mitificador de la figura del general. Estamos, no obstante, lejos de los años de la Guerra, ya que la composición se realizó entre 1948 y 1949 (unos años después, en 1954, Reque Meruvia se instaló en España) [Imagen 3]. En otras ocasiones, al plasmar su figura a caballo, Franco resultaba un trasunto del Cid sobre Babieca y hasta del propio Santiago Matamoros, sobre su caballo blanco. Esto último no debe extrañar, ya que es común la confusión entre las fronteras que separan los patrones axiológicos del santo y el héroe, como he demostrado con abundantes datos en otro lugar (2008). A caballo lo presentan varios escultores tras la Guerra Civil –por lo que dejo de lado las polémicas estatuas de Madrid, Zaragoza o Santander, entre otras–; a caballo, igualmente, lo retrata un genial y ultramontano Carlos Sáenz de Tejada, en varios de sus dibujos y acuarelas.



[Imagen 3]

De Sáenz de Tejada es un magnífico cartel que sólo conozco gracias al tomo XI de *La Guerra Civil española* de Hugh Thomas (110), profusamente ilustrada por la

Editorial Urbión.<sup>13</sup> En él, vemos a los soldados nacionales que marchan decididos como si de cruzados medievales se tratase; como protección, portan tres escudos alargados en los que van el emblema de la Falange, el de los tradicionalistas y la cruz de Santiago; por arma, tocan varias trompas y se apoyan en el grito de *¡Franco, Franco, Franco!*. Como si de un milagro veterotestamentario (Jericó), de taumaturgia sagrada (Constantino y la cruz de Puento Milvio, bajo la voz divina *In hoc signo vinces*) o hagiográfico (san Germán de Auxerre y su victoria sobre los sajones, con el grito del *Aleluya*) se tratase, los rojos –y aquí lo son también de piel, como vemos por su torso, desnudo y en primer plano– se inclinan y retroceden, incapaces siquiera de mirar al enemigo. En esa habilidad extrema a la hora de demonizar al enemigo, Sáenz de Tejada no tuvo igual.

Sólo el Cid, no obstante, contaba con un respaldo literario verdaderamente prestigiado. Lo tenía gracias, como he dicho, al *Cantar* que recoge su gesta; y se conocía, en gran medida, gracias al estudioso que se lo devolvió, con lozanía y vigor, a la cultura española: don Ramón Menéndez Pidal. Ya sabemos que, sólo por ello, hubo no pocas acusaciones o, cuando menos, suspicacias sobre un supuesto filofranquismo pidaliano; a este respecto, fue necesario defender la memoria de don Ramón, tarea que asumieron con entusiasmo algunos de sus discípulos más directos y respetados, como don Rafael Lapesa. Las semblanzas de don Ramón (una de ellas escrita por mí precisamente)<sup>14</sup> no dejan lugar a duda sobre su trayectoria liberal. Pero ahora no me importa el maestro sino la leyenda cidiana, que ya se había colado en las enciclopedias infantiles. Acabada la contienda, no es de extrañar que el *Cantar de mio Cid* fuese sublimado, en especial en la Giménez Caballero 1940-44. En su síntesis de 1953, Giménez Caballero establece una correspondencia tácita pero muy clara entre el Cid y Franco. Leámoslo en la página 87, y prestemos atención al adjetivo *orientales*, pues, al igual que *asiáticos*, era comúnmente aplicado al referirse a los comunistas rusos, ajenos por completo a Europa:

El Cid, por sus guerras contra los invasores orientales de nuestra patria; por su amor a nuestra Unidad; por su lealtad a las supremas jerarquías de España; por el cariño a su mujer y a sus hijas, a su hogar, y por la justicia que repartía a sus servidores y soldados es el tipo ideal del Caudillo español y del Caudillo americano. Del Héroe nacional.

<sup>13</sup> Acaso se me haya pasado por alto, pero no he conseguido dar con él donde lo esperaba: en alguno de los 36 tomos de Arrarás Iribarren, repletos de dibujos, acuarelas y otras labores ad hoc de su director artístico, que no fue otro que el citado Sáenz de Tejada, y de un injustamente olvidado Joaquín Valverde Lasarte (aunque ha hecho mucho por recuperarlo Juan Manuel Bonet en una estupenda entrada de su *Diccionario de las Vanguardias en España (1907-1936)*).

<sup>14</sup> Por ser la última semblanza de conjunto de que tengo noticia y por su útil bibliografía, la citaré: “Ramón Menéndez Pidal (1869-1968)” (Aurell & Crosas 69-85). Me parece conveniente contrastar su postura, estable en todo momento, con la de otros intelectuales de esa época; para ello, léase la correspondencia de varios de ellos (incorporada en las abundantes citas con que enriquece la obra) en Gómez-Santos.



Así las cosas, no puede extrañar que, en el colmo de los *impossibilia*, rotas las barreras cronológicas y con apoyo en la más sorprendente y disparatada de las taumaturgias, el jesuita Ramón Cué Navarro haga coincidir, en el que él etiqueta de poema-coral-dramático y titula *Y el Imperio volvía...* (1940), a Franco (ausente, por cierto, de la relación inicial de *dramatis personae*) y a Rodrigo Díaz de Vivar [Imagen 4]; a ellos se unen, no obstante, otros tantos héroes (Juan de Austria, Colón, Gonzalo de Córdoba, Marqués de Pescara, Cortés, Isabel la Católica, Agustina de Zaragoza, Pizarro, Duque de Alba, Mendoza, Velarde, Quesada, Valdivia, Farnesio, Guzmán el Bueno y, no tan sorprendentemente por adjudicársele la toma de Orán, Cisneros), artistas (Murillo, Lope de Vega y Cervantes) y santos (santa Teresa, Santiago, santo Domingo, san Ignacio y el jesuita padre Hoyos).



[Imagen 4]

Muchos años después, la imagen seguiría vigente entre quienes, deseosos de perpetuar el Régimen, apostaban incluso por una monarquía franquista, como el catedrático y sacerdote asturiano Cesáreo Rodríguez García-Loredo, en *Franco, rey* (Ponce, Puerto Rico), 1964. En este opúsculo, un punto fuerte son las virtudes sin cuento de la esposa del Generalísimo, al igual que doña Jimena:

Todos los españoles no reñidos con la verdad y que conserven en su conciencia sólo un adarme de nobleza no pueden menos que reconocer y confesar que en doña Carmen Polo y Martínez Valdés, egregia esposa de nuestro Caudillo, concurren –y en eminente grado– todas esas cualidades; bien manifiestas son su ejemplar piedad católica, su tan viva caridad con

los desvalidos y necesitados, su afabilidad benevolente, su exquisita prudencia en no inmiscuirse jamás en los asuntos políticos o del Estado, su natural y cristiana sencillez, nunca alterada por la vanidad, y como si doña Carmen no supiese que es la primera dama española y que su estirpe es de las de más raigambre, solera y abolengo de Asturias –“do vive, como decía nuestro clásico, toda nobleza”– y que ha dado también esposa –doña Jimena– a otro caudillo célebre, el Cid Campeador, ¿qué mejor reina, pues, para España? (Sueiro & Diaz I, 49)

Acaso el autor se había sentido impelido a escribir de ese modo y en ese tono tras recordar el estribillo de la “Canción del Cid”, entonada durante sus marchas por los miembros de la OJE y recogida en 1963 en el *Cancionero del Frente de Juventud*. Los dos versos a que me refiero son: “tras un destierro secular // el Cid ha vuelto a cabalgar”. Ya antes de la Guerra, el antiguo himno de combate de las JONS (las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista), titulado *Juventudes de vida española*, había hecho suyo al Cid en un final que llama a emular sus proezas:

Adelante muchachos, reunidos,  
tras la furia y la lanza del Cid;  
triunfaremos por nuestra grandeza,  
que la raza prosigue sin fin.

Resta añadir que el sintagma “el Cid cabalga” u otros parecidos entroncan, casi inevitablemente diría yo, con el conocidísimo poema “Castilla” de Manuel Machado (en su poemario *Alma*, 1902) y que este gran poeta ha soportado el baldón de ser entusiasta partidario del bando nacional y de haber dedicado varios poemas laudatorios a Franco.

Estas primeras fichas obligan a preguntarse sin más demora si la figura del Cid fue utilizada únicamente por los ideólogos y artistas nacionales y con la mente puesta en su Caudillo. La respuesta, es de ley adelantarla, no puede ser sino negativa, como se pone de manifiesto con un nuevo repaso al universo de las artes plásticas. La estatua del Cid a caballo de la Hispanic Society de Nueva York, una obra puramente historicista de Anna Hyatt Huntington datada en 1927 y con diversas copias en Estados Unidos y España (unas de manos de la propia artista y otras de escultores como Juan de Ávalos, a quien se debe la que posee Valencia), tiene como contrapartida la recia figura de ese genial escultor vanguardista que fue Alberto Sánchez (con su estatua *El Cid o guerrero del s. XII*, que donó a la Diputación Provincial de Toledo en 1926 o 1927 [**Imagen 5**]), que mantuvo su ideología comunista hasta el día de su muerte, acaecida en su destierro de la URSS en 1962.<sup>15</sup> Caso digno de resaltar es el de Juan Cristóbal, nombrado patrono del Museo Nacional

<sup>15</sup> Con respecto a esa y otras piezas exhibidas en Toledo, Madrid y Barcelona en una monográfica itinerante de los años 2001 y 2002, véase Amo Valcárcel.

de Arte Moderno nada más llegar la República y *amigo de la URSS* en 1933, a quien se debe el Cid exhibido en Burgos desde 1955. Enseguida comprobaremos hasta qué punto fue común la asociación de Franco y el Cid, pero al mismo tiempo vamos viendo ya que la figura del héroe castellano fue utilizada por igual por los intelectuales y artistas de la República.



[Imagen 5]

El caso de Alberto Sánchez (o Alberto a secas, como era y sigue siendo conocido) es ilustrativo de cómo las Vanguardias, a pesar de su repudio por el medievalismo decimonónico (por lo menos tan fuerte como la aversión respecto del orientalismo romántico y decadente),<sup>16</sup> supieron apreciar la figura y la leyenda cidianas. Acaso baste su ejemplo en artes plásticas, como basta, desde luego, el de Vicente Huidobro, con *Mío Cid Campeador. Hazaña* (1929), en el ámbito de la literatura. *Hazaña*, como a él le gustaba llamarla, es mucho más que una novela trufada de poesía (pues, entre otras cosas, respeta a menudo el verso monorrímo de algunas tiradas): es el reflejo de

<sup>16</sup> Los vanguardistas sentían náuseas ante las escenas orientales de Delacroix o Fortuny, las litografías de David Roberts, las fantasías morunas de Rubén Darío o una arquitectura neomudéjar con la que el racionalismo, esencialismo y clasicismo vanguardistas coincidieron en el tiempo. El camino era otro; en su trazado, Oriente tenía cabida, aunque a través del arte de China y Japón y con dosis medidas de una egiptofilia que entroncaba con la que se sintió en la Roma del Imperio (que se adornó de obeliscos y vio cómo un rico, Gayo Cestio, se enterraba en una pirámide) o la Europa del Renacimiento (basta hojear la *Hypnerotomachia Poliphili* de Francesco Colonna). Con tales gustos, si se era precavido, incluso tenía sentido volver sobre las láminas de Roberts en su conocida pasión por Egipto.

una auténtica pasión literaria por parte de quien se tenía por último descendiente del Cid y pensaba escribir un nuevo romancero cidiano [Imagen 6]. Eran años, como venimos viendo, en que don Ramón fascinaba a los españoles instruidos con sus continuas aportaciones sobre el *Cantar* y la épica castellana, con un reflejo casi automático en centros de enseñanza tan prestigiosos como el Instituto-Escuela. Además, Huidobro dobló su esfuerzo erudito para cribar el poema primitivo, las *Mocedades*, el romancero, y las crónicas vernáculas y hasta latinas, para dejar fuera, de un modo hartamente revelador, el ficticio relato de las bodas de las hijas del Cid,<sup>17</sup> con lo que se desvanecían los Infantes de Carrión y se esfumaba una Afrenta de Corpes que, ya estamos al tanto, había entusiasmado a los artistas de un Romanticismo proyectado casi hasta el siglo XX.<sup>18</sup> De todos modos, lo que continúa subyugando a Huidobro es el fabuloso Rodrigo del romancero, alejado del héroe del *Cantar*, lo que ocurre incluso en aquellas ocasiones en que bebe directamente de él.



[Imagen 6]

Rodrigo Díaz había salido triunfante sobre una transformación estética tan formidable como la de las Vanguardias; gozaba, por tanto, de una salud envidiable y podía dar, como de hecho dio, un formidable juego. Con igual vigor sólo logró atravesar el filtro vanguardista una figura literaria, la de don Quijote,<sup>19</sup> aunque, carente de una talla heroica propiamente dicha (el panorama cambia drásticamente cuando se

<sup>17</sup> Considérese cómo, veinte años atrás, Eduardo Marquina, sobre quien luego volveré, triunfaba con su obra teatral *Las hijas del Cid* (1908). Temáticamente simple rebufó romántico, pero siempre innovador y hasta revolucionario en su técnica, Ignacio Pinazo Camarlench ganó la admiración de todos cuando en 1879 exhibió su magnífico cuadro *Las hijas del Cid*.

<sup>18</sup> Pinceladas certeras a ese respecto son las que da Pellicer. Véase también Rodiek 347-61.

<sup>19</sup> Véase Gómez Moreno 2005, 187-94. La evolución es parecida y lleva de un buen cuadro de Ulpiano Checa (*Cervantes y sus modelos*, 1887) a la magnífica e innovadora labor de Joaquín Sorolla y Antonio Muñoz Degrain, para llegar al revolucionario *Don Quijote* (entre 1927 y 1929) de otro escultor vanguardista que sólo cabe etiquetar de genial: Julio González.

atiende a ciertas lecturas, de intelectuales nacionales y extranjeros, del Romanticismo hacia los años de entreguerras), poco podían hacer con él los propagandistas de ambos bandos que no fuese dar pinceladas en clave cómica o sentimental-idealista.<sup>20</sup>

Como decía antes, el héroe medieval por excelencia se convirtió en referente obligado en la Guerra Civil, aunque no dio nombre a ninguna unidad, como tampoco se plasmó en ninguna medalla, ni fue recogido como motivo de alguno de los múltiples uniformes que hubo durante la contienda; aquí, de nuevo, cabe marcar una diferencia manifiesta con los voluntarios italianos, los miembros del CTV (“Corpo Truppe Volontarie”), cuyo penacho de plumas (tradicional en el uniforme de los *Bersaglieri* y los *Alpini* e identificativo de los jefes de unidades de carros de combate) remitía, en la corta distancia, a los morriones medievales, tantas veces rematados con un manojo de penas o plumas; en la larga, y es la distancia que más claramente corresponde, tras sus atuendos están los mandos de las legiones romanas, cuya grandeza procuraban emular los nuevos héroes de un Orden que también era Nuevo. En España, a lo más que se llegó fue a darle el nombre de Tercio de Santa Gadea a una unidad integrada por dos compañías de requetés de Álava y por voluntarios de Burgos (antes constituidos en 4º Batallón de Milicias de Burgos, que nació en enero de 1937).

El Régimen de Burgos supo adelantarse a la República cuando, en 1937, dio inicio a una emisión filatélica de tres valores, 5, 10 y 15 céntimos, en que aparecía el Cid a caballo [Imagen 7]. La figura del hidalgo castellano servía a la perfección como ejemplo de lucha frente a un invasor extranjero, idea ésta que, de nuevo, se transformó en verdadera soflama para ambos bandos, ya se tratase del comunismo internacional, por una parte, o bien de los nacionalsocialistas, fascistas o cruzados católicos que llegaron desde toda Europa (no sólo desde Irlanda), desde los Estados Unidos y desde lugares tan lejanos como Australia.<sup>21</sup> En lo que pudo, la República no le fue a la zaga, como hemos visto y aún se verá en lo que resta.



[Imagen 7]

<sup>20</sup> De hecho, sólo lo descubro, y junto al Cid, en un poema de Armand Godoy agavillado por José Villén, *Antología poética del Alzamiento*, Cádiz, 1939: “Don Quixotte et le Cid ont trempée ton épée // dans les eaux du Jourdain, dans le sang des Martyrs” (lo tomo de Mainer 39-40).

<sup>21</sup> Para comprobar su nacionalidad y considerar sus características ideológicas, me sirvo del libro de Keene.

Del mismo modo, nacionales y republicanos se apropiaron al unísono de un mito que comportaba un mensaje idéntico: el de la Guerra de la Independencia, guerra patriótica frente a un ocupante extranjero. El general –pues firma con ese empleo militar–Martínez Chamorro empareja ambos conflictos desde la óptica de los vencedores. Contemplado desde el lado opuesto, la revuelta popular de 1808 se convirtió en referente para las izquierdas, que encontraron una correspondencia fácil entre aquella página de la historia española y la resistencia popular –esta vez, además, con rotunda victoria– ante el Alzamiento del 18 de julio;<sup>22</sup> con carácter general, las guerras napoleónicas sirvieron para reforzar la propaganda bélica republicana y alimentaron luego el imaginario heroico del Partido Comunista de España en el Exterior en los años del maqui, que, no se olvide, alcanzan hasta la década de los cincuenta. Una figura de la Guerra de la Independencia asociada caprichosamente con el franquismo es Agustina de Aragón. Tal vez la razón de que así sea esté en la célebre película de Juan de Orduña (1950), obra en clave patriótica en que a Aurora Bautista le cupo interpretar a la heroína del sitio de Zaragoza; acaso tal vez tengan de nuevo la culpa nuestras enciclopedias infantiles de Posguerra, en las que Agustina aparecía con la antorcha en la mano y el cañón presto (a Goya y su grabado *¡Qué valor!* se le debe la recreación mental de todos cuantos posteriormente se ocuparon de este episodio).

La verdad, no obstante, es bien distinta, pues durante la Guerra Civil la proeza de la heroína zaragozana sirvió bien a los izquierdistas más ideologizados. Oigamos, por ejemplo, la voz de quien firma como “la madre de Salvador Zurro Giralda”, voluntario comunista muerto en el frente de Robledo de Chavela. Sus dolidos y ramplones versos fueron recogidos en *La Unión del Matadero. Órgano de la Juventud del Matadero Municipal* y se publicaron el 1 de julio de 1938. En alusión a la patria, la improvisada poetisa vierte la siguiente afirmación:

¡Descansa en paz, hijo mío!,  
que los hombres no se acaban:  
sobran para defenderla.  
Nos sobran hombres y armas,  
y si ellos se agotasen,  
tu madre empuñará el arma  
y dará antes su vida,  
como tú la enseñaras.  
Morirá en una trinchera  
defendiendo nuestra causa,  
que Agustina de Aragón  
también defendió su patria. (Bertrand 121-22)

---

<sup>22</sup> Por el estupendo ramillete de ejemplos que aduce, remito a Castillo Cáceres 62-63. En este artículo, se presta también atención al uso propagandístico de la filatelia y el papel moneda.

En fin, el gobierno de la República, en 1938, proyectó emitir un sello con Agustina de Aragón para animar a la defensa frente al invasor. La serie se estampó en 1939, pero al igual que ocurrió con el resto de los sellos republicanos de ese año nunca llegó a circular. Muy significativamente, este valor postal, de 75 céntimos [Imagen 8], se había reservado exclusivamente para el franqueo de las cartas enviadas desde el frente, como homenaje a todos los combatientes por la legalidad republicana. Por su lado, la misma reivindicación de la heroína de la Guerra de la Independencia se estaba haciendo desde el lado nacional.



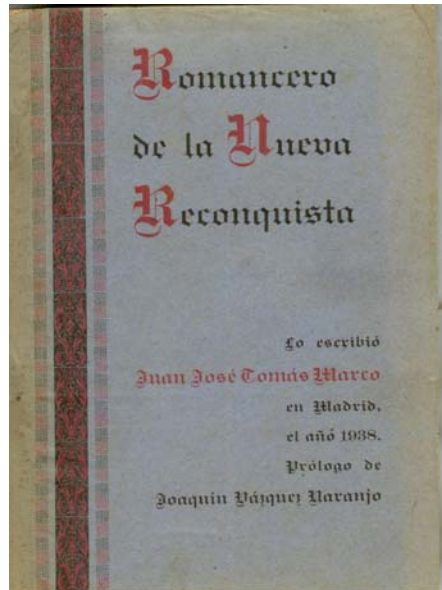
[Imagen 8]

Mucho más importa ahora el hecho de que las dos partes en litigio, y particularmente el bando nacional, apelen a la idea de Reconquista; así, en 1939 y en Madrid, Tomás Marco da a la estampa un poemario de título harto revelador, *Romancero de la Nueva Reconquista*, que había escrito un año antes durante su cautiverio en la misma capital de España.<sup>23</sup> [Imagen 9] En la Guerra Civil, como dice Russell Palmer en su magnífico documental pro-franquista del año 1938 *Defenders of the Faith* (recordemos que se trata del primer reportaje de un conflicto militar rodado íntegramente en color), se lucha contra “hombres que no creen en Dios, ni en la vida después de la muerte”. Así las cosas, y a diferencia de la Cruzada peninsular del Medioevo, los nacionales podían dar una razón más para justificar la presencia de los moros de Marruecos,<sup>24</sup> encuadrados en unidades del Ejército Español (los célebres tabores de Regulares) o en mehalas o *mehal.las* jalifianas (esto es, unidades constituidas íntegramente por tropa indígena que dependía directamente del jalifa), en las que los temibles *askaris* eran mandados por algún oficial subalterno nativo (*kaid*, teniente, o *kaid mía*, alférez) y por oficiales y jefes españoles. Por supuesto, este hecho

<sup>23</sup> Aunque modestísima edición, dados los tiempos y las circunstancias, el volumen se adorna con unas proclamas, vítores y encabezamientos en una reveladora letra gótica.

<sup>24</sup> Entre la tropa indígena, la noticia de que luchaban contra enemigos de Dios fue uno de los principales acicates a la hora de combatir contra el bando republicano.

fue magnificado por doquier tanto por los propios combatientes republicanos como por los valedores de su causa fuera de España.



[Imagen 9]

Entre las coplillas populares que aluden a los enemigos de España, puedo citar el “Romance del voluntario”, recogido en la publicación *Balas rojas*, órgano portavoz de la 75 Brigada:

Venceremos, no lo dudes,  
 al negro fascio alemán,  
 a la cobarde morisma,  
 al enano Portugal  
 y a los maricas de Italia  
 que nos quieren aherrojar. (Bertrand 90-92)

Son muchísimos los testimonios de toda índole y particularmente los textos literarios que arremeten contra el moro. En algunos casos, y a estas alturas ya no puede sorprendernos el dato, los poemas del bando republicano enlazan la presencia de los moros en España con la traición de don Julián y don Oppas y con la ocupación del territorio nacional, como sabía cualquier español por poco tiempo que hubiese pasado en la escuela. En el arriba citado *Romancero de la Guerra Civil* de 1936, hay una sección titulada “Romances de moros”, en la que se incluyen cuatro composiciones; de ellas, basta citar el título de la escrita por el comunista alicantino Pascual Pla y Beltrán



para adivinar su contenido y tono: “La Reconquista de Granada”.<sup>25</sup> En enero de 1937, el número 973 de *Renovación* incorpora el poema “Madrid, castillo famoso”, cuyo título trae aromas entre medievales y áureos. En un punto, el poema se abre y explaya en los términos indicados, arremetiendo contra alemanes y moros:

¡Ay, Madrid! Que el moro ha puesto  
cerco tras las celosías  
de los tupidos ramajes  
de tus quintas y alquerías!  
¡Ay, Madrid! Que las traiciones  
del cuartel y sacristía  
han puesto bajo tus muros  
de teutones gran jauría.  
Ni Oppas, ni Julianes,  
ni alemanes, ni morisma,  
ni generales traidores  
pisarán tierra tan digna. (Caudet 212-13)

Inevitablemente, el enfoque es totalmente contrario al que adopta el mentado Tomás Marco en su *Romancero de la Nueva Reconquista*, como se percibe en la penúltima composición del poemario; en ella, se refuerzan los lazos del soldado español y la tropa indígena, para lo que, momentáneamente, se deja de lado la idea, sostenida como bandera por muchos de los contendientes del bando nacional (con la Comunción Tradicionalista al frente de todos y hasta con los restos dispersos de la CEDA), de una España antes de nada católica:<sup>26</sup>

Moro, morito, moruno;  
morito, moro, morazo:  
Alá te guarde y proteja  
sobre los campos hispanos  
para luchar con ahínco  
por tu patria y tus hermanos.

En el otro bando, hay ocasiones en que el tono recuerda a las heroínas de la Reconquista, si es que no a las mártires cristianas que soportaron las acometidas de los enemigos de su fe. Caso memorable es el de Lina Odena, la comunista barcelonesa

<sup>25</sup> Por cierto, los cuatro los recoge, y con ellos cierra su antología Caudet.

<sup>26</sup> Para contextualizar el poema, conviene recordadr que, en 1941, el guión de la película *¡Harka!*, escrita y dirigida por Carlos Arévalo, pone en boca del comandante Prada las siguientes palabras: “Para ser un buen oficial de *harka*, hay que comprender al marroquí, identificarse en cierto modo con él y quererlo”. Las *harkas*, unidades irregulares que no participaron en la Guerra Civil sino sólo en la campaña de Marruecos, habían hecho famoso al general Varela, dos veces laureado.

Paulina Odena García, que, tras caer en un control de falangistas, se pegó un tiro el 14 de septiembre de 1936 junto al pantano de Cubillas (Granada). Vale decir que, algo antes, en Motril, ella había vaciado el cargador de su pistola en la cabeza del sacerdote Manuel Vázquez Alfaya. Una de las poesías con que se honró su muerte fue el “Romance de Lina Odena, muerta entre Guadix y Granada”.<sup>27</sup> El poema, porque interesa en términos literarios e ideológicos, cambia de forma astuta las circunstancias de su muerte y carga las tintas sobre el ingrediente truculento, en línea con los romances de tema épico-hagiográfico más que con los romances fronterizos. Los falangistas, como enseguida veremos, son ahora moros:

Lina Odena, fresca rosa,  
 flor de humedecido talle,  
 se interna en campo enemigo  
 sin miedo de que la maten.  
 Oscuros búhos de sombra  
 se ciernen sobre el paisaje.  
 ¡Ay qué peligro la acecha  
 oculto entre los olivares!  
 ¡Ay, qué muerte negra lleva  
 prendida en su verde talle!  
 Lina Odena está cercada,  
 cercada por los pinares.  
 Veinte moros la persiguen  
 armados de veinte alfanjes.  
 Llevan la muerte en los ojos,  
 llevan la peste en la sangre;  
 pretenden viva cogerla  
 para placeres salvajes.  
 ¡Huye, Lina! ¡Huye, huye!  
 Corre, que aún puedes salvarte:  
 si el enemigo te cerca,  
 a ti te sobra el coraje!  
 Lina Odena, fresca rosa,  
 flor de humedecido talle,  
 sin hacer caso del viento,  
 dispara y heridas abre.  
 Broncos clamores se escuchan  
 por las cumbres y los valles.  
 Como toros malheridos,  
 los moros rebeldes caen.  
 Ya son siete, ya son ocho;

<sup>27</sup> Recogido en varios lugares, puede leerse, en primer término, en Prados.

Son doce moles de carne,  
 que se clavan en la tierra  
 para nunca levantarse.  
 ¡Huye, Lina! ¡Corre, corre!  
 ¡Las sombras pueden salvarte!,  
 le repite y le repite,  
 entre gemidos, el aire.  
 Pero Lina no se mueve,  
 clavada sobre la tarde.  
 ¡Prefiero morir con honra,  
 antes que vivir cobarde!

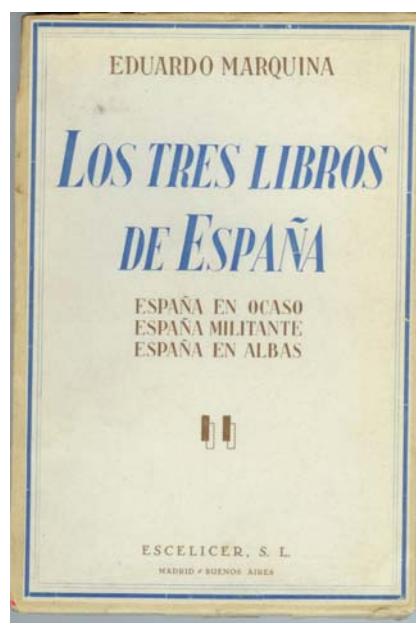
El Cid está, ahora sí, en diversos poemas patrióticos, como en “Eras el mejor alférez”, de Tomás H. Redondo. La composición va dedicada a la figura del alférez provisional, que sirvió para suplir una de las carencias básicas en tiempo de guerra y paz: la de oficiales subalternos, responsables de una sección, esto es, de unos cincuenta hombres; de ellos se decía, por sus numerosísimas bajas en el combate, aquello de: “Alférez provisional, muerte segura”.<sup>28</sup> El pasaje que me interesa es el siguiente:

No importa cómo te llamas,  
 ni cuál es tu patria chica.  
 Pedro, Juan, Francisco, etc.  
 Como dice la doctrina,  
 eres español y basta:  
 de Aragón o de Castilla,  
 de León o de Navarra,  
 andaluz o de Galicia.  
 Eras émulo del Cid,  
 aquel buen Rodrigo Díaz,  
 que te legó por herencia  
 su honor y su valentía.  
 Y otra cosa también eras  
 para tu orgullo y mi dicha:  
 eras el mejor alférez  
 de toda la alferería. (Bertrand 132-34)

---

<sup>28</sup> Sobre esta figura y sobre su legendario, véase Gárate Córdoba. Aquí, se recuerdan otros dichos, como “Alférez de complemento, cadáver al momento” o “Alférez provisional, cadáver efectivo”. La lógica premura llevó a que la formación de estos oficiales subalternos fuese sólo ¡de 20 días!; añádanse, además, su extrema juventud, que invitaba a conductas temerarias, y el hecho de que eran destinados a unidades de choque y se entenderán tan funestos pronósticos. En el bando republicano, mayor era el tiempo que se dedicaba a la formación de sargentos en la Academia Militar de El Pardo, dirigida por un militar comunista, el teniente coronel Ortega; de esta escuela de guerra, de la prácticamente nada se sabe, salió mi padre con 17 años recién cumplidos.

Bastaba ser tan lacónico y literariamente eficaz como Eduardo Marquina, cuando en la tercera de las partes que forman *Los tres libros de España* (*España en ocaso*, *España militante*, *España en albas*) y después de tres sonetos dedicados a José Antonio (antes, en la primera parte, nos ha presentado a unos patriotas llamados Lope de Vega y Goya), se despacha con otro poema laudatorio a “Cid Francisco Franco el Justo” [Imagen 10]. Se trata de un verdadero epíteto épico, del que ya se había servido en un poema heroico extenso dedicado a la gesta del Alcázar y construido a manera de series o tiradas, al igual que la épica primitiva.<sup>29</sup>



[Imagen 10]

No obstante, la composición más marcadamente cidiana se la debemos de nuevo a Tomás Marco, en su adaptación del *Romance del rey moro que perdió a Valencia* (“Helo, helo, por do viene”) a las concretas circunstancias de la guerra. De tan fabulosa –disparatada, me atrevo a decir, dado que incluso oímos hablar a un Babiéca que ha reconocido a su madre en la yegua que huye– transformación del inicio del cantar III, con la persecución del rey Búcar por el Cid y su posterior alcance (que se convierte en una escapada exitosa en el romance), sólo quedan los sonoros versos

<sup>29</sup> Me hice con un ejemplar del libro, tras encontrarlo citado en el trabajo de Mainer, “La construcción de Franco...” (42-43). Este lúcido y riguroso investigador recoge varios poemas más en que se establecen otras tantas metáforas entre la historia del Cid y las hazañas de Franco; de entre todos, el más interesante es el romance firmado por un tal A.G.L., titulado “El juramento de las Huelgas”, que Sanz y Díaz incorporó a su antología. La composición es un *remake* similar al que edito a continuación.

iniciales; por otra parte, aunque se reconoce la coincidencia en la hoja de ruta de las huestes cidianas y el Ejército Nacional, se evita sobreponer la figura de sus respectivos caudillos, fuera de la referencia a un león que puede ser tanto el Cid como Franco o ambos al mismo tiempo:

Helo, helo cómo ataca  
el ejército español.  
Es la nueva Reconquista  
que avanza por Aragón.  
Helo jinete del triunfo  
de la nueva España en pos.  
Es Babieca embravecido  
y Mio Cid Campeador.  
El curso sigue del Ebro  
y su armonioso rumor.  
Se ha enamorado del río  
el ejército español:  
adonde quiera que vaya,  
le sigue él con su amor.

Helo cómo lucha y vence  
nuestro fogoso león;  
helo conquistar ciudades  
y liberar Aragón.  
Ya penetra en Cataluña  
y en tierras de Castellón;  
ya ha reconquistado Lérida,  
ya al mar latino llegó.  
Es la ofensiva triunfal  
hacia la cuna del sol:  
la luz que ilumina a España  
no ha de estar manchada, no.

Helo, helo cómo ataca  
el ejército español.  
Es la nueva Reconquista  
que avanza a ganar el sol.  
Jinete del triunfo va  
de la gran Valencia en pos.  
Es el fogoso Babieca  
y mio Cid Campeador.  
Ya Castellón de la Plana

ante su brío cayó.  
 Helo, helo cómo avanza  
 nuestro fogoso león.

María Eugenia Lacarra, en la única ocasión en que previamente se ha abordado esta materia de forma monográfica, recuerda otros tantos poemas en los que Franco es el nuevo Cid, como en cierta composición escrita por Sanz y Ruiz de la Peña. Pero no nos llamemos a engaño, pues, al igual que el resto de los héroes y gestas de la historia de España, el Cid fue utilizado del mismo modo por el bando republicano, como venimos viendo. Célebre es, pongo por caso, la alocución de Antonio Machado ante el Congreso Internacional de Escritores Antifascistas de Valencia, recogida en la revista *Hora de España* (nº 8, agosto de 1937). Bajo el título “Sobre la defensa y la difusión de la cultura”, el poeta reunió varios artículos previos, como el titulado “Los milicianos de 1936”; en él, cita y glosa un pasaje de las *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique. Luego, tras defender que el castellano es el pueblo de la igualdad y el “antiseñoritismo”, dice:<sup>30</sup>

Cuando el Cid, el señor, por obra de una hombría que sus propios enemigos proclaman, se apercibe, en el viejo poema, a romper el cerco que los moros tienen puesto a Valencia, llama a su mujer, doña Jimena, y a sus hijas Elvira y Sol, para que vean «cómo se gana el pan». Con tan divina modestia habla Rodrigo de sus propias hazañas. Es el mismo, empero, que sufre destierro por haberse erguido ante el rey Alfonso y exigídole, de hombre a hombre, que jure sobre los Evangelios no deber la corona al fratricidio. Y junto al Cid, gran señor de sí mismo, aparecen en la gesta inmortal aquellos dos infantes de Carrión, cobardes, vanidosos y vengativos; aquellos dos señoritos felones, estampas definitivas de una aristocracia encanallada. Alguien ha señalado, con certero tino, que el *Poema del Cid* es la lucha entre una democracia naciente y una aristocracia declinante. Yo diría, mejor, entre la hombría castellana y el señoritismo leonés de aquella centuria.

No faltará quien piense que las sombras de los yernos del Cid acompañan hoy a los ejércitos facciosos y les aconsejan hazañas tan lamentables como aquella del «robleto de Corpes». No afirmaré yo tanto, porque no me gusta denigrar al adversario. Pero creo, con toda el alma, que la sombra de Rodrigo acompaña a nuestros heroicos milicianos y que en el Juicio de Dios que hoy, como entonces, tiene lugar a orillas del Tajo, triunfarán otra vez los mejores. O habrá que faltarle al respeto a la misma divinidad.

---

<sup>30</sup> La publicación está ahora disponible en la red: <http://www.filosofia.org/hem/193/hde/hde08011.htm>.

Abundando en esa idea de la Reconquista, ambas facciones combatientes –y no sólo la nacional, vale decir de nuevo– apelaron a la figura de don Pelayo. Cuando las unidades vasco-navarras tomaron Oviedo junto al resto de las tropas mandadas por el general Aranda, decidieron marchar al emblemático santuario de Covadonga. En ese momento, el falangista pamplonés García Serrano, mucho más conocido por su obra en prosa, escribió “Brigadas de Navarra”; luego, el poema se incorporaría a su libro póstumo *Cantatas de mi mochila* (1992), que recoge composiciones de distinta época, entre ellas las jotas navarras compuestas al inicio del Alzamiento. Algunos de los versos de “Brigadas de Navarra” suenan así:

¡Banderas de Montejurra,  
de San Marcial y de Lácar!  
¡Recio muro de alaveses,  
Tercio de la Virgen Blanca!  
Espumas del Bidasoa  
traen en sus recias abarcas  
y se aderezan penachos  
con los humos de Vizcaya.  
Ya escuchó sus oraciones  
el claustro de Santillana.  
Plantáronse en Covadonga,  
¡ay Dios, y cómo temblaba  
bajo su losa de muerte,  
escarnecida y befada  
la osamenta de Pelayo  
entre su rota mortaja!

Son numerosas las alusiones a este revolverse del cuerpo de los héroes en su tumba, en leyendas que tienen mucho más de hagiográficas que de heroicas. Lo mismo, de hecho, se había dicho en el pasado del Conde Fernán González (fray Gonzalo de Arredondo en la *Vida rimada* del primer conde de Castilla) y del Cid (Diego de Valera en la *Crónica de España*). De ello, no obstante, he hablado en mi citado libro, por lo que a él remito a cualquiera interesado (Gómez Moreno 34-35).

Amenazado Oviedo, resonaron las voces heroicas de poetas socialistas y, cada vez más, comunistas que procuraban insuflar el necesario ardor guerrero en las fuerzas republicanas. Inevitable resulta entonces aludir a lo que parece ser un dramático retroceso en la Historia de España, que está a punto de reescribir una de sus páginas, aunque esta vez el signo sea justamente el contrario, lejos del providencialismo que marcó el inicio de la Reconquista. Todo ello lo encontramos en el “Romance de Villafría”, publicado en *Mi Revista. Ilustración de actualidades* (nn. 51-52, 1 de noviembre de 1938) (Bertrand 310-15); en él, se recrea la voz del moro, que está ocupando tierras en las que hasta ese momento nunca había logrado entrar:

-Pasan segando a los hombres  
 con la sangrienta gumía;  
 dicen que “todos ser rojos”  
 los que llevamos boína;  
 que a matar Pelayos vienen,  
 aunque no tengan “fusila”,  
 y con la sangre hasta el codo  
 hundan el arma homicida.  
 ¡Qué falta de otro Pelayo,  
 capitán de la Santina,  
 ahora que van en las hondas  
 cartuchos de dinamita!  
 ¡Mineros de Covadonga,  
 con el corazón por mina:  
 será vuestra la montaña  
 de estrellas que hay allá arriba!  
 Hoy, mañana, no sé cuándo,  
 venceréis a la morisma.  
 ¡Malhaya quien trajo a Asturias  
 la media luna maldita!

Lo que imperó en el recuerdo fue, no obstante, el uso de don Pelayo por parte del Régimen.<sup>31</sup> ¿A qué se debe ello? En primer lugar, Covadonga dio nombre al Tercio de los requetés de Oviedo y Gijón, pues incluso en la Asturias minera y revolucionaria hubo requetés (también en otros muchos puntos de España, como en varias provincias andaluzas). Por añadidura, el héroe había bautizado ya a los cachorrillos de la Comunión Tradicionalista, los pelayos, que tuvieron su propia revista semanal de historietas de aventuras y humor (llamada también *Pelayos* [Imagen 11]). Más tarde, al fundirse la Comunión Tradicionalista con la Falange Española de la JONS, *pelayos* y *flechas* (niños falangistas de entre 7 y 10 años, que gozaban también de una publicación semejante) acabaron por fundirse y dieron vida a *Flechas y Pelayos*, revista semanal de historietas de aventuras y humor publicada entre 1938 y 1949 y dirigida por el beneditino Fray Justo Pérez de Urbel.<sup>32</sup>

---

<sup>31</sup> Así las cosas, la maurofilia de Tomás Marco se transforma por completo en otro romance suyo, el que lleva el título de “Covadonga”, en que don Pelayo vence un día y otro día “al invasor marroquí”. Frente al romance arriba visto, se dice que los pies del moro estaban profanando un lugar sagrado. En “18 de julio”, ya había escrito: “Toda España es Covadonga, // toda España es don Pelayo”.

<sup>32</sup> Como curiosidad, recordaré que acogió a grandes dibujantes de la escuela barcelonesa, como Josep Serra Massana, del *TBO*, y a la poetisa Gloria Fuertes.





[Imagen 11]

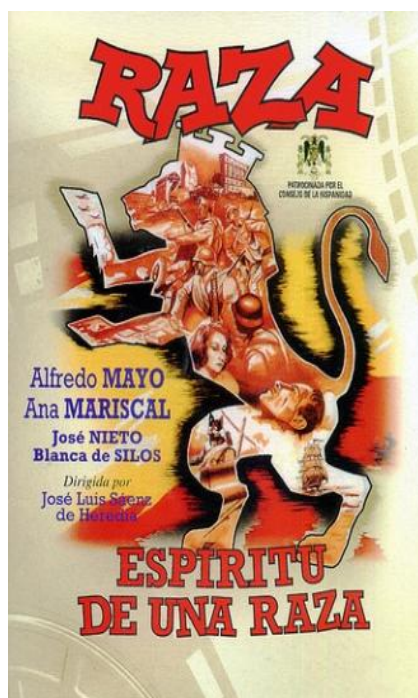
García de Cortázar dice que no ve posible el retorno de la ultraderecha a España: “La realidad es menos romántica. Basta leer los libros de Xavier Casals para convencerse. Dice este historiador que resulta muy poco probable que, a corto plazo, se produzca un wagneriano ascenso de los muy marginales *nietos del Cid*”. “Nietos del Cid” los llama, lo que no deja de ser curioso. No es la primera vez que alguien hace uso de etiqueta tal, un marbete libre en principio de lastres ideológicos como el que se percibe en el citado artículo, en que los nietos del Cid se identifican con un puñado de archi-reaccionarios que aguardan su turno agazapados. De entrada, recordemos que la letra oficial (no la popular) del Himno de Riego, himno de España durante los años de la Segunda República, dice:

Serenos y alegres,  
 valientes y osados,  
 cantemos soldados  
 el himno a la lid.  
 De nuestros acentos  
 el orbe se admire  
 y en nosotros mire  
 los hijos del Cid.

De nuevo es Tomás Marco en su *Romancero* quien, en una composición titulada “El General Franco”, ofrece un ejemplo de esta misma imagen usada por el bando nacional, allí donde dice: “Tu padre fue Cid Rodrigo”. Recordemos, por otra parte, que el apelativo *nietos del Cid* había servido para justamente lo contrario de lo que se

colige del citado artículo, ya que con él se había caracterizado a los intelectuales regeneracionistas o noventayochistas, como recuerda Trapiello.<sup>33</sup>

En realidad, como hemos visto, no había tanta diferencia entre republicanos y nacionales, al menos en lo que a su imaginario y a su lenguaje se refiere. Atendamos, por ejemplo, a un concepto seminal, el de la *raza*, tan usado por los conservadores como por los progresistas y hasta por los revolucionarios más radicales de aquel momento. De nuevo fueron los noventayochistas los primeros en servirse de él, como leemos una y otra vez en Miguel de Unamuno, en Pío Baroja o, por cambiar ligeramente de terreno, en *Recuerdos de mi vida*, admirable autobiografía de Santiago Ramón y Cajal, cuya primera edición es de 1899. De raza continuará hablando José Ortega y Gasset en sus escritos, al igual que los tradicionalistas y los falangistas se obsesionarán con el concepto; *Raza* es, además, de manera muy reveladora, el título escogido para su novela por Jaime de Andrade, alias de Franco (quien la escribió en 1940 con el propósito de que José Luis Sáenz de Heredia la llevase a la pantalla, lo que ocurrió un año más tarde [**Imagen 12**]); sin embargo, nuestra estirpe, sangre o linaje también alimenta un sinfín de composiciones de signo izquierdista, como, pongo por caso, “Vientos del pueblo”, de Miguel Hernández, inserto en *Viento del pueblo. Poesía en la guerra* de 1937.



[Imagen 12]

<sup>33</sup> Todo parte de una famosa cita de Joaquín Costa, revisada en las págs.. 77-78. El uso del Cid por románticos y liberales es recordado por Juaristi.

En fin, no es excesivo afirmar que *El Guerrero del Antifaz*, como cómic de aventuras, como colección de cromos y como serial radiofónico dio en el gusto al Régimen durante el largo tiempo que estuvo activo, entre 1943 y 1966. El disfrazado Adolfo Moncada era hijo del Conde de Roca y un guerrero solitario al servicio de los Reyes Católicos. Todo ello explica la expresión “Eres más facha que el Guerrero del Antifaz”; sin embargo, los mismos rigores alcanzaron al Capitán Trueno, tildado de idéntica manera, cuando su autor, el genial Víctor Mora (quien también dio vida a *El Jabato*), manifestó sus simpatías izquierdistas tan pronto como pudo hacerlo. No sé cuál fue su posterior evolución, ni creo que a nadie le importe; lo que me interesa ahora es que, sin duda injustamente, algunos consideraron que las aventuras de su héroe, con Goliat, Crispín y Sigrid de Thule, eran un a modo de rebufo final del franquismo. Hemos visto, sin embargo, que el bando nacional nunca tuvo la exclusiva sobre los héroes medievales, con el Cid al frente, como tampoco sobre las guerras patrióticas, con la Reconquista en primer lugar.

El Cid, al final, daba para mucho más. Su figura no sólo servía para la soflama o la pura baladronada, sino para todo lo contrario: para, abandonadas las armas, reivindicar los infinitos beneficios de una sociedad civil que sólo deseaba vivir en paz. Así se expresa el doctor Gregorio Marañón en un artículo publicado en el diario bonaerense *La Nación*, en 1940, en que daba acuse de recibo de la nueva edición de *La España del Cid* de Menéndez Pidal; en tan peculiar reseña, el polígrafo glosa el célebre verso del *Cantar* “Dios, ¡que buen vasallo, si oviese buen señor” en los siguientes términos (el texto se recoge en *Obras completas* 609):

Pero es precisamente porque el “señor” no era bueno, por lo que el *Campeador* fue vasallo inmortal.

He aquí la lección que el Cid nos enseña a los españoles y no las de las victorias guerreras. Ya no hay moros a quienes embestir y acorrallar. Mas sí hay una patria a la que hacer de nuevo –una vez más– para que continúe su historia. “La ejemplaridad del Cid –dice Menéndez Pidal en una de las últimas páginas de su libro– debe seguir animando nuestra conciencia colectiva.” Es verdad; pero su ejemplaridad de ciudadano leal, de heroica lealtad civil.

Éste es el Cid que nunca más debe volver a su sepulcro.

## Obras citadas

- Amo Valcárcel, Consuelo. "El escultor Alberto (1895-1962): Creatividad, poética y 'fascinación por las mujeres'." *Añil* 23 (2001): 35-39.
- Arrarás Iribarren, Joaquín. *Historia de la Cruzada Española*. 36 vols. Madrid: Ideas, 1940-44.
- Aurell, Jaume, & Francisco Crosas, eds. *Rewriting the Middle Ages in the XXth Century*. Turnhout: Brepols, 2005.
- Bertrand de Muñoz, Maryse. *Romances populares y anónimos de la Guerra de España*. Madrid: Calambur, 2006.
- Bonet, Juan Manuel. *Diccionario de las Vanguardias en España (1907-1936)*. Madrid: Alianza Editorial, 1995.
- Castillo Cáceres, Fernando. "Propaganda gráfica y nacionalismo en la Guerra Civil española." *Revista de Historia Militar* 101 (2007): 41-87.
- Caudet, Francisco. *Romancero de la Guerra Civil*. Madrid: Ediciones de la Torre, 1978.
- Fletcher, Richards. *The Quest for El Cid*. Oxford: Oxford University Press, 1991.
- Galván, Luis. *El Poema del Cid en España, 1779-1936: Recepción, mediación, historia de la filología*. Pamplona: Eunsu, 2001.
- Gárate Córdoba, José María. *Alféreces provisionales*. Madrid: Librería Editorial San Martín, 1976.
- García de Cortázar, Fernando. "No volvió a reír su primavera." *El Mundo*, 4-IV-2007.
- García Serrano, Rafael. *Cantatas de mi mochila*. Madrid: Movierecord D. L., 1992.
- Giménez Caballero, Ernesto. *Lengua y literatura de España y su Imperio*. Madrid: EGC, 1940-44.
- . *Lengua y literatura de la Hispanidad*. Madrid: Imp. de E. Giménez Caballero, 1953.
- Gómez Moreno, Ángel. *Claves hagiográficas de la literatura española (del Cantar de mio Cid a Cervantes)*. Madrid, Francfort: Iberoamericana, Vervuert Verlag, 2008.
- . "Don Quijote vence a las vanguardias en singular batalla." Eds. Nicasio Salvador Miguel & Santiago López-Ríos. *El Quijote desde el siglo XXI*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2005. 187-94.
- Gómez Santos, Marino. *Españoles sin fronteras*. Madrid: Espasa-Calpe, 2000.
- Guerra de la Vega, Ramón. *Guía para visitar las Iglesias y Conventos del Antiguo Madrid*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1996.
- Hernández, Miguel. *Viento del pueblo. Poesía en la guerra*. Valencia: Ediciones Socorro Rojo, 1937.
- Juaristi, Jon. "El Cid cabalga." *ABC*, 6-VII-2007 [Tercera].
- Keene, Judith. *Luchando por Franco. Voluntarios europeos al servicio de la España fascista, 1936-1939*. Barcelona: Salvat, 2002.

- Lacarra, María Eugenia. "La utilización del Cid de Menéndez Pidal en la ideología militar franquista." *Ideologies and Literature* 3.12 (1980): 95-127.
- Machado, Antonio. "Los milicianos de 1936." <http://www.filosofia.org/hem/193/hde/hde08011.htm>.
- Mainer, José Carlos. "La construcción de Franco: primeros años." *Archivos de la Filmoteca. Revista de estudios históricos sobre la imagen* 1 (2002): 26-45.
- Marañón, Gregorio. *Obras completas*. Madrid: Espasa-Calpe, 1968.
- Marquina, Eduardo. *Los tres libros de España (España en ocajo, España militante, España en albas)*. Madrid, Cádiz: Escelicer-Cerón, 1941.
- Martínez Chamorro, Manuel. *1808-1936: dos situaciones históricas concordantes*. Madrid, 1973.
- Martínez Reverte, Jorge. *La batalla del Ebro*. Madrid: Crítica, 2003.
- Moa, Pío. *Años de hierro. España en la posguerra (1939-1945)*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2007.
- Palmer, Russell. *Defenders of the Faith*. 1938. [Documental].
- Pellicer, Rosa. "La tradición en la vanguardia: *Mío Cid Campeador*, de Vicente Huidobro." *Anales de Literatura Hispanoamericana* 26 (1997): 485-95.
- Prados, Emilio (pról. Antonio Rodríguez Moñino). *Romancero general de la guerra de España*. Madrid, Valencia: Ediciones Españolas, 1937.
- Ramón y Cajal, Santiago. *Recuerdos de mi vida*. Barcelona: Grijalbo, 1981 [1899].
- Rodiek, Christoph. *La recepción internacional del Cid*. Madrid: Gredos, 1990.
- Rodríguez García-Loredo, Cesáreo. *Franco, rey*. Puerto Rico: Ponce, 1964.
- Santonja, Gonzalo. *Romancero de la guerra civil española*. Madrid: Visor, 1984.
- Sanz Villanueva, Santos. "La Guerra de 1808 en la novela española reciente." Dir. Emilio de Diego García. *El nacimiento de la España contemporánea. Congreso Internacional Bicentenario de la Guerra de la Independencia, 8-11 de abril de 2008*. Madrid: Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos, 2009.
- Sanz y Díaz, José. *Lira bélica (Antología de los poetas y la guerra)*. Valladolid: Librería Santarén, 1939.
- Sanz y Ruiz de la Peña, Nicomedes. *Romancero de la Reconquista*. Valladolid: Imprenta Castellana, 1937.
- Sueiro, Daniel, & B. Díaz Nosty. *Historia del franquismo*. Madrid: Sarpe, 1986.
- Thomas, Hugh. *La Guerra Civil española*. Madrid: Editorial Urbión, 1980.
- Tomás Marco, Juan José. Pról. Joaquín Vázquez Naranjo. *Romancero de la Nueva Reconquista*. Madrid: La Verdad, 1939.
- Trapiello, Andrés. *Los nietos del Cid. La nueva Edad de Oro de la literatura española (1898-1914)*. Barcelona: Planeta, 1997.